

La comunicación —decía Cossío— de la cultura difusa en todos los órdenes, que es el fin unitario de las Misiones, hace que su obra no sea profesional y hace, por tanto, que no haya de realizarse tampoco necesariamente por profesionales. Todo saber sin preocupación de profesionalidad cabe en las Misiones. Su campo de acción, el material de que puede servirse en esta esfera espontánea de la vida es tan inagotable como la vida misma. Y así, en cuanto al personal, al misionero, que, como en toda obra humana, es lo insustituible, esta de las Misiones se abre para todos, es decir, para todos sin distinción de títulos y aun con carencia de ellos. Bastan para aspirar a ser misioneros dos cosas: la primera, sentirse atraído por las orientaciones en que la Misión se inspira, germen de la probable devoción y hasta del entusiasmo venideros; la segunda, tener algo para su ofertorio y aspiración a conquistar la suficiente gracia para llegar con ella al ánimo de las gentes humildes. No es poco, pero todo es puramente humano, y nada de ello pertenece al especial programa de ninguna asignatura...¹³

Y, más adelante, concluía:

Será milagro, en efecto, que no aparezca como frívolo adorno ineficaz el intento de hacer partícipes a los abandonados, de modo paupérrimo, es cierto, pero partícipes al cabo de aquellos *quehaceres*, solícitos al ocio, de aquellos precisamente que no sirven *para* nada, sino que valen *por sí* mismos y cuya *eficacia utilitaria* quedará siempre invisible e imponderable. Será milagro, en efecto, que no parezca superfluo y lujoso el mínimo esfuerzo justiciero para llevar al pueblo en olvido la vislumbre siquiera del humano, pero privilegiado reino de lo inútil y lo contemplativo, el goce noble de las bellas emociones, la celeste *diversión*, que la humanidad, por miserable que sea, persigue con afán al par del alimento. Será milagro que no parezca suntuario el deseo, en suma, de que el peregrino desvalido que no puede ya entrar en ella alcance al menos a ver de lejos la tierra prometida.

Pero sea cualquiera el hado que haya de presidir a esta aventura, es lo cierto que en semejantes anhelos, tan peligrosamente expuestos a confundirse por la multitud con la frivolidad, el adorno y el lujo, se aquilata justamente la esencia, es decir, todo lo que de vago, insólito, escandaloso y extravagante pueda parecer en el fondo y en la forma de las Misiones a los pueblos.¹⁴

Se tenía, por lo tanto, conciencia del riesgo que implicaba la apuesta de las Misiones por una concepción *aparentemente gratuita* de la estética, cuando, en puridad, se reclamaba que era función de ésta una *acción humana y social complejísima*. Incluso *revolucionaria*, de considerarla desde la perspectiva ideológica liberal y progresista de una burguesía ilustrada en cuyo seno se originaba. Burguesía que había sido casi sistemáticamente marginada del poder durante la Restauración y que ahora, al proclamarse la Segunda República, instalada en el poder, quería poner en práctica unos mecanismos capaces de restituir al pueblo su dignidad e integridad humanas y, en consecuencia, un protagonismo auténtico y real en la vida pública. (Cuando estalló la guerra civil muchas de estas concepciones de la cultura habrían de ser adoptadas por la izquierda revolucionaria que, en ningún momento, tuvo capacidad —los motivos son de diversas índoles— para postular una política cultural que primeramente no tuviera que salvar el escollo de la incultura en la que se hallaba sumido el pueblo. Por eso resulta sorprendente que también desde la izquierda se ataque o se tergiverse la política que la Segunda República persiguió con las Misiones. El pueblo español, como cualquier otro pueblo, no podía ser protagonista de la historia sin haber empezado el proceso de recu-

¹³ *Ibíd.*, pp. XIV-XV. Para lo que se esperaba del comportamiento y actitud de los misioneros, pp. XIV-XVIII.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. XXIII-XXIV.

peración de su dignidad e integridad individual y ciudadana. Ese empeño animaba a las Misiones.)¹⁵

Las *Memorias* de las Misiones, de gran utilidad para conocer la España rural en los años 30, testimonian a la vez lo que representó para los misioneros el haber entrado en contacto con esa España que ellos estaban descubriendo. Esta interacción da una nueva dimensión, sumamente significativa, a las Misiones. Se iba con un bagaje de conocimientos librescos a las poblaciones rurales y se regresaba con otro bagaje hecho de experiencias reales. El Patronato de las Misiones tuvo que adecuar sus programas al dictado de tales experiencias. Se ponía de relieve, entre otras causas, que la cultura era un concepto que había que redefinir, incluyendo en él, además de esa capacidad de despertar a los estímulos espirituales y sensibles, un aprendizaje a dominar los mecanismos del trabajo material.

En el primer libro de las *Memorias* de las Misiones, correspondiente a los años 1931-1933, los misioneros visitaron unos trescientos pueblos; distribuyeron tres mil quinientas seis bibliotecas; el Teatro y Coro recorrió ciento quince pueblos; el Museo Circulante de Pintura había expuesto sus dos colecciones de reproducciones de pintores clásicos en sesenta localidades... Casi cuatro mil pueblos se vieron favorecidos por la obra de las Misiones.

La descripción de una de las «misiones» llevada a cabo en la Puebla de la Mujer Muerta (Madrid), nos servirá para hacernos una idea del medio geográfico y humano en que la acción de extensión cultural se realizaba:

Es un pueblecito (la Puebla de la Mujer Muerta) de la provincia de Madrid, situado a 1.161 metros de altitud, en una meseta del fondo del valle que da sus aguas, por el río de Puebla, al Riato y luego al Lozoya, con la particularidad de que, a causa de lo quebrado del terreno, la vaguada no es vía natural de acceso y las sendas trepan monte arriba abandonando el valle. Se encuentra al noroeste de la provincia y su término municipal linda con la de Guadalajara. Montes ásperos y escarpados poblados de robles lo circundan e impiden que llegue el sol al caserío durante gran parte del invierno. Así la vida es triste, monótona y sin alicientes. Las casas son miserables, de piedra y barro y techo de paja muchas de ellas. El lucido interior es un lujo poco menos que desconocido. Se alumbra en candiles de aceite.

La subida fue penosa y al llegar al puerto tuvimos nieve, agua y un frío intenso. El camino está pésimo, y nosotros, poco acostumbrados a andar a caballo, pasamos momentos de apuro, pero resistimos bien con la esperanza de llegar a un pueblo que con tantas dificultades se nos ofrecía. Las primeras gentes que encontramos, después de una bajada interminable, veíamos por la tensión especial de su mirada, que hacían un esfuerzo grande para no huir, para sostenerse a nuestro paso, firmes en su puesto. El pueblo tenía un aspecto negruzco; las aguas que resbalaban por las laderas de los montes cercanos inundaban las callejas convirtiéndolas en enormes arroyos y lodazales. Un círculo de grandes montañas cerraba el pueblo, al que apenas llegaba la luz.

Muchos de los hombres y, desde luego, casi todas las mujeres y los niños, no habían salido jamás de este lugar. Vimos chiquillos que primero huyeron y luego corrían tras de nosotros asombrados y llenos de júbilo. Las mujeres vestían de negro; las niñas de diez a doce años, tenían el aspecto de mujeres minúsculas con sus faldas largas hasta los pies, que recogían al correr; el pelo tirante tras las orejas y el moño circular; las caras delgadas y pálidas, los ojos consumidos. Aun las niñas de pocos años llevaban faldas largas y corrían dando a las calles un aspecto singu-

¹⁵ Cf. *mis introducciones a Hora de España*. Antología (Madrid, 1975); a la reedición de Arturo Serrano Pla, *El hombre y el trabajo* (Madrid, 1978) y a *Romancero de la guerra civil* (Madrid, 1978).

lar. Los niños eran tristes y temerosos y la mayor parte de ellos no cesaba de toser mientras nos contemplaban. Tratábamos de acercarnos a los grupos de hombres y mujeres que, aun convencidos de nuestro carácter pacífico, se resistían, sin embargo, a entrar en relación con nosotros. Las mujeres corrían entre risas y sustos; a alguna la vimos hacer esfuerzos inauditos por contestar con serenidad a nuestras preguntas.

En este pueblo, situado en la provincia de Madrid, jamás se ha visto un automóvil, ni un carro; no conocían la luz eléctrica ni el gramófono. Viven los más míseramente de pequeñas heredades, alimentados con patatas, judías y tocino en las épocas mejores. Muchos creen en las brujas y sienten terror de las ánimas...¹⁶

Estas realidades de la España rural —desasistida, pobre y aislada— difícilmente posibilitaban la acción de extensión cultural. Sin embargo, esta acción se estaba llevando a cabo. Los «misioneros» iban descubriendo cómo los jóvenes y los niños eran los llamados a potencialmente sacar un provecho de estos intentos de aculturación. Notan que en los distintos pueblos hay unas actitudes y reacciones que tienen bastante en común:

Los viejos ven y escuchan con gusto el cine, la música, la poesía y la charla; pero como quien escucha un cuento maravilloso, que aparte del placer momentáneo de su belleza, no va a turbar de ningún modo la trayectoria de su vida. Los jóvenes, en cambio, prestan una atención más callada y más intensa; su sensibilidad está abierta a toda llamada, se sienten más cerca de lo que ven y con la esperanza de recorrer en algún modo los horizontes que se les revelan. Los niños lo aceptan todo con una naturalidad asombrosa, y, sin deslumbrarse, buscan con interés de aprendizaje las causas...; sienten junto a la alegría de ver el goce de comprender.¹⁷

En otro lugar de las *Memorias* escriben los «misioneros»:

La impresión que se recoge en estos pueblos es de que existe en ellos una virginidad, de que se hallan por primera vez ante muchas cosas. Gentes infantiles que ahora despiertan después de un sueño de siglos y para quien es todo inédito, nuevo. Una avidez inmensa de saber, de enterarse de las cosas del mundo y de la vida.¹⁸

Pero también descubren una gran tensión política, social y religiosa:

Existe una gran tensión, un vivo apasionamiento en torno a los problemas políticos, sociales y religiosos. Pero, en contra de lo que pudiera creerse en el primer momento, no existe un estado relativamente fijo de opinión, sino un pensamiento exaltado siempre, pero cambiante y contradictorio. La ignorancia mezclada con el apasionamiento (envenenamiento en algunos casos) hace que toda discreción sea necesaria. Y así, al explicarles la película «Granada», que daba motivo para hablar del descubrimiento de América y de la unidad de España, era imposible nombrar a los Reyes Católicos. Tampoco pudimos recitar un romance acerca de la Virgen María, ni fue posible la audición de un disco de Canto Gregoriano.¹⁹

En definitiva, si es cierto que, en palabras de Manuel Bartolomé Cossío,

Las Misiones añaden hoy algo nuevo, dirigido, como todo lo suyo, a educar la inteligencia y el goce del pueblo.

había, también en palabras de Cossío, un

¹⁶ Patronato (1934), pp. 38-39.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 34.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 37. *Es sobrecogedor ver las fotos que recogen las caras de pasmo y admiración de los asistentes a los actos de los misioneros, cf. Patronato (1934), passim.*

¹⁹ *Ibíd.*, p. 37. *Pero hay este dato de interés en la memoria de la Misión a La Cuesta y el Carrascal (Segovia): «... el cura fue a la mayor parte de las sesiones, nos oyó interpretar el laicismo de la República y cuando terminó la Misión se quedaba leyendo El Emilio, de la biblioteca de las Misiones», p. 47.*